

VII

Levantado el sitio de Chillán, Carrera volvió á reincidir en el error de fraccionar su ejército con el objeto de emprender un nuevo sistema de guerra á fin de mantener su dominio en las provincias australes de Concepción y Arauco. Situó una división en Quirihue, sobre la costa, á inmediaciones de la desembocadura del Itata á órdenes de su hermano Juan José, con el objeto de mantener sus comunicaciones con la capital y proteger la línea del Maule. Desprendió á O'Higgins con otra débil división con el encargo de asegurar la línea de frontera del Bío-Bío. Destacó guerrillas en todas direcciones y con el resto se dirigió á Concepción á presidir desde allí su nuevo sistema de hostilidades. Era precisamente esta la clase de guerra que convenía á Sánchez, que no podía dilatar su acción mientras se conservase una masa respetable á su frente. Con más medios de movilidad, contando con guerrillas intrépidas y prácticos del país, Sánchez, distribuyó su fuerza en columnas ligeras y partidas volantes, que se extendieron al sud y norte de la comarca. Desde entonces, el ejército patriota perdió su cohesión y su moral; sus deprecaciones provocaron la resistencia de las poblaciones; y sucesivamente varios de sus destacamentos fueron batidos en detalle, sin que O'Higgins con su división pudiera impedir que los realistas reconquistasen toda la línea del Bío-Bío y ocuparan la provincia de Arauco al sur de ella hasta frente á Concepción, abriendo comunicaciones con Valdivia y Chiloe, y proporcionasen así recursos para continuar la guerra con ventaja. Antes de cumplirse los dos meses de levantado el sitio de Chillán (fines de setiembre), Carrera estaba circunscripto á la ciudad de Concepción, con sus

comunicaciones interceptadas y sus divisiones aisladas y paralizadas. Tal fué el resultado de su absurdo plan de campaña. El ejército patriota estaba bloqueado en sus tres posiciones aisladas.

Lo que caracteriza á los hombres concientes, así en el orden de la idea como de la acción, es la perseverancia en sus propósitos madurados, modificados según las circunstancias, pero persiguiendo siempre un objetivo que ven claramente. Carrera, que se gobernaba ó se dejaba dominar por los acontecimientos, seguía á remolque de ellos sin ningún propósito determinado ni resolución fija. Así pensó, que haciendo lo contrario de lo que había hecho antes, tal vez acertaría. En consecuencia se propuso volver á encerrar á Sánchez en Chillán, para atacarlo otra vez allí, recomenzando lo que en un principio había descuidado y de que después había desistido para ensayar un nuevo género de hostilidades que tan desastrosos resultados le daba. En consecuencia, ordenó que la división de Quirihue se acercara á Concepción para estrechar á Chillán. Su hermano Juan José que la mandaba, cumplió tarde y mal esta orden en los primeros días de octubre. Remontando el Itata inferior por su margen derecha, llegó al Membrillar, á inmediaciones de las juntas de aquel río con el Diguillín, donde sitiado por fuerzas superiores del enemigo se vió obligado á atrincherarse para salvar de un desastre. Para desempeñar á esta división comprometida, vióse obligado á anticipar su movimiento de reconcentración sin contar con los elementos necesarios, y se puso inmediatamente en busca de la incorporación de O'Higgins, que simultáneamente avanzaba sobre la línea del Itata. En uno de los pasos de este río denominado « El Roble », se reunieron ambas divisiones, á dieciseis kilómetros al oriente del Membrillar.

Las fuerzas reunidas de Carrera y O'Higgins alcanzaban á ochocientos ó mil hombres, y acamparon sobre el vado del

Roble, en un terreno mal elegido, no obstante las observaciones del segundo, que en previsión de la proximidad del enemigo en la margen derecha del Itata aconsejó una posición más segura. Carrera desoyó este prudente consejo en la seguridad de que el enemigo no se atrevería á atacarlo, y limitándose á rodear de centinelas su campo, se entregó confiadamente al sueño. Sánchez, que seguía todos sus movimientos con atención por medio de sus espías y partidas de observación, aprovechó esta coyuntura para batir á las dos divisiones en detall. En consecuencia, en la tarde del 19 de octubre, hizo salir una división de Chillán, que reforzada con las guerillas volantes, y cruzando el Itata en su confluencia con el Diguillín, cayó en la noche sobre el descuidado campamento y pasó á cuchillo un guardia avanzada, cuyo centinela herido dió la primera voz de alarma. Carrera despertó al ruido de las descargas, y rodeado de enemigos vióse obligado á arrojarle al río en busca de la división de su hermano, recibiendo una leve herida de lanza en su fuga. La ausencia del general en jefe no se hizo notar. O'Higgins que estaba en vigilancia, acudió inmediatamente al punto amagado y organizó la resistencia, tomando al afecto disposiciones acertadas. Empeñado el fuego, se prolongó por el espacio de más de tres horas, con desventaja para los patriotas, recibiendo O'Higgins una herida; pero empuñando un fusil, ordenó una vigorosa carga á la bayoneta que decidió la victoria en su favor. El enemigo fué rechazado y obligado á repasar el río en derrota. Carrera de regreso á su campo, lo aclamó como al « salvador de la división y de la patria », y en su parte oficial dijo, que era « el primer soldado, capaz en sí solo de reconcentrar y unir heroicamente el mérito de las glorias y triunfos de Chile » (25).

(25) « Monitor Araucano », N.º 87, de 30 de octubre de 1813.

Estas palabras eran su abdicación: su estrella militar estaba eclipsada.

Después de la batalla del Roble, Carrera desengañado, desistió de su nuevo plan, y dejando las divisiones de O'Higgins y Juan José Carrera á inmediaciones de la confluencia del Diguillín y del Itata, cubiertas con fortificaciones de campaña que Mackenna levantó, dióles por únicas instrucciones mantenerse á la defensiva, en circunstancias que el enemigo se reconcentraba en Chillán. Él por su parte retrogradó á Concepción. Desde este día quedó evidenciado lo que ya todos se decían por lo bajo, que el general en jefe era una completa nulidad militar, que perdería hasta el honor de su bandera. Su desprestigio cundió en el ejército y se propagó por todo el país. La prensa dió la primera señal del descontento general, la opinión pública se pronunció contra él, y hasta en el púlpito se fulminaron condenaciones contra la funesta influencia de los tres Carrera. Su destitución estaba decretada.

VIII

Cuando Carrera cambió su dictadura por el mando en jefe del ejército, ocupó por algún tiempo su lugar su hermano Juan José, momentáneamente reconciliado con él; pero habiendo salido éste á campaña, quedó confiado á sus dos colegas, quienes sintiéndose incapaces de sobrellevar el peso de las circunstancias, renunciaron sus puestos. Por elección de las corporaciones y del Senado, fueron nombrados para reemplazarlos tres miembros del antiguo partido moderado, dos de ellos enemigos suyos: Infante, el tribuno del Ayuntamiento que luchó con Rozas, y don José Agustín Eizaguirre, diputado del congreso por él disuelto. Infante, carácter auste-

ro y republicano celoso, fué el alma de este gobierno. Desde los primeros momentos la nueva Junta manifestó su desaprobación por el modo cómo había distribuido los mandos del ejército, consultando más el favoritismo que la capacidad, conducta que fué calificada de « injusta y ambiciosa. » Por algún tiempo, empero, se mantuvo la armonía entre la autoridad civil y militar, atendiendo eficazmente el ejecutivo al ejército con todo género de recursos, y vigorizó su acción por medios enérgicos; pero la suspensión del sitio de Chillán, que fué reprobado por éste, y el alzamiento de la provincia de Concepción que se atribuyó á sus errados planes y á las depredaciones por él autorizadas, agriaron sus relaciones. Desde entonces su destitución quedó secretamente decretada.

La excitación pública subió de punto con motivo de la mala dirección dada á la guerra; los antiguos liberales de 1811 alzaron la voz, declarando nula la constitución vigente y el poder emanado de ella. La prensa hizo eco á estas manifestaciones, formulando netamente la necesidad de un cambio radical en la marcha de la revolución en el sentido republicano, y la opinión apoyó unánimemente esta tendencia. La Junta, que participaba de los mismos sentimientos, convocó, de acuerdo con el senado consultivo, una reunión de las corporaciones, que la confirmó en el mando (8 de octubre de 1813), y resolvió que á la mayor brevedad se trasladase el gobierno á Talca, revestido de facultades extraordinarias á fin de acordar cuanto fuese conducente á la pacificación del Estado. Entró á formar parte de ella el cura de Talca don José Ignacio Cienfuegos, hombre de talento, con influjo en las provincias del sur é igualmente enemigo de Carrera. El gobierno de Santiago, quedó encomendado al intendente don Joaquín Echevarría y Larrain, antiguo presidente del congreso disuelto, y por lo tanto, también enemigo declarado del general. Un nuevo elemento militar vino á dar á la situación política la base de fuerza que le faltaba.

El gobierno había organizado en la capital un nuevo batallón, cuya oficialidad le era adicta, y pedido á Buenos Aires una remesa de armas. Los 300 auxiliares chilenos que en 1811 habían marchado en socorro de Buenos Aires, regresaron por este tiempo y fueron triunfalmente recibidos en Santiago. Esta tropa venía impregnada del espíritu del país en que había vivido (26). El gobierno argentino para corresponder al generoso auxilio de Chile, dispuso, á pedido del de éste, que una columna de igual número de fuerza marchase á tomar parte en la guerra que sostenía. Esta columna fué reclutada en las provincias de Córdoba y Mendoza, y cruzó los Andes bajo el inmediato mando de don Juan Gregorio Las Heras, que debía ilustrarse en aquel teatro (27), la que fué acogida con demostraciones de unánime simpatía (28). La junta se trasladó á Talca, escoltada por el batallón « Auxiliares Argentinos », donde el coronel don Marcos Balcarce tomó el mando en jefe de ellos. En este punto recibió la noticia de la acción del Roble, y desde ese momento quedó resuelta la remoción de Carrera.

Al principio, parece que la Junta se había fijado en el coronel Balcarce para general en jefe en sustitución de Carrera; pero como al espíritu nacional chileno repugnase ser mandado por un extraño, fijóse en el coronel O'Higgins,

(26) En nota de 2 de julio de 1813, decía la Junta de Chile al gobierno argentino: « La digna oficialidad de Penco que regresó de esa capital, » ha disipado las sombras de rivalidad que á cada paso se levantaban » contra Buenos Aires. » M. S. del Archivo Gral. de B. Aires.

(27) Fué conducida por el coronel Santiago de la Carrera, gobernador intendente de Córdoba, al solo efecto de entregar el mando en jefe al coronel Marcos Balcarce, continuando Las Heras con el mando inmediato de la tropa en clase de sargento mayor. El batallón de Auxiliares constaba de 244 soldados y 13 oficiales, según consta en los doc. del Arch. Gral. M. SS. — Barros Arana en su « Hist. de la Indep. de Chile », le da sólo 200. — Véase nuestros « Est. hist. sobre la Revol. Argent. », p. 61 y sig.

(28) Gay: « Historia de Chile », t. V, p. 476.

quien, aunque no poseía todas las cualidades de un general, era por su popularidad en el país y en el ejército, su valor heroico y sus virtudes cívicas, así como por sus recientes hazañas, el señalado. Al principio rehusó modestamente aceptar el puesto, y sostuvo que no debía removerse á Carrera; pero la Junta estaba decidida, y lo obligó á ello. Intimidado Carrera de su destitución, pensó resistir á mano armada, lo que tal vez pudo haber hecho, pues contaba todavía con partidarios; pero sea desaliento, sea un noble sentimiento de patriotismo, al fin obedeció, siendo este el único rasgo de abnegación ostensible de su vida pública. El nombramiento de O'Higgins fué recibido con general aplauso (febrero de 1814).

Empero, esta transición no se efectuó sin que la subordinación militar se resintiese, y el ejército quedó moral y materialmente desorganizado, proviniendo de aquí los partidos carrerista y o'higginista, que tan profundamente lo trabajaron, y al fin le trajeron la derrota. El destituido general fomentaba esta división, mientras sus parciales promovían la desertión de las tropas, en circunstancias que nuevos peligros amenazaban á la revolución. Los jefes del ejército pidieron que fuese alejado de Concepción donde permanecía, y el nuevo general, que lo había tratado con toda consideración, — lo mismo que el Gobierno, que le ofreció nombrarle su representante en Buenos Aires, — lo despidió con palabras amistosas. Como anuncio del fatal destino que debía perseguirlo, en su tránsito á la capital cayó, en compañía de su hermano Luis, en manos de las partidas realistas, mandadas por aquel mismo joven argentino Baraúno, que antes hemos visto figurar como agente revolucionario, y fué conducido prisionero á Chillán donde su estrella militar se había eclipsado.

El ejército de que se recibió O'Higgins, según un concienzudo historiador chileno, que apoya su aserción en documen-

tos (29), no alcanzaba á la cuarta parte del que había mandado el general Carrera antes del sitio de Chillán; componíase de 2,300 ó de 2,500 hombres fraccionados en todo el sud, poseídos de mal espíritu y trabajados por la desertión, contando con escasos medios de movilidad, y no bien armados. Tal era su estado en momentos en que una nueva invasión amenazaba su territorio. El 31 de enero de 1814, había desembarcado en el puerto de Arauco un refuerzo de 800 hombres con seis piezas de artillería, bien armados y equipados, á las órdenes del brigadier Gavino Gainza, nombrado por el virrey del Perú, general en jefe del ejército realista en Chile. Ocho días después atravesó el Bío-Bío, y se incorporó con Sánchez en Chillán, sin que, en toda la vasta extensión del territorio que cruzó, « que era á la sazón el » teatro de la guerra, oyese el *¡quién vive!* de los centinelas insurgentes. » Los patriotas estaban reducidos á la inacción y la impotencia. O'Higgins estrechado en Concepción, donde había establecido su cuartel general, meditaba reconquistar la línea del río Bío-Bío, á fin de ocupar los desfiladeros de las montañas, é interceptar al enemigo los recursos que le venían de Valdivia y Chiloe. Mientras tanto dispuso que la otra división de su ejército, reforzada con los voluntarios chilenos y los auxiliares argentinos venidos recientemente de Buenos Aires, á la sazón acantonada en Quirihue, volviese á ocupar la antigua posición del Membrillar en la margen derecha del Itata, avanzando sobre Chillán para llamar la atención, mientras él emprendía su campaña sobre las plazas fronterizas del Arauco. — Estas operaciones estratégicas eran tan erradas como los planes de Carrera, y debían dar más ó menos los mismos resultados, cuando de la reconcentración de las fuerzas dependía el éxito. — El general

(29) Barros Arana : « Hist. de la Indep. de Chile », t. II, p. 296.

Mackenna, que la mandaba, situóse en el Membrillar, posición bien elegida, que domina los vados del Itata, amaga á Chillán y liga al sur y al norte los dos caminos de Concepción y Talca, pero que en aquellas circunstancias era puramente defensiva. Allí se fortificó con 800 infantes, 100 dragones y 16 piezas de artillería (febrero de 1814). Á los pocos días encontrábase sitiado, como lo había estado la división de Juan José Carrera en 1813, por las partidas volantes que dominaban el centro del país. Este movimiento dejó desguarnecida la línea del Maule y abierto el camino de la capital.

Á fin de ensanchar su zona de actividad y proveerse de víveres, Mackenna practicó varias excursiones. En una de ellas, salió en persona al frente de 400 fusileros y 40 dragones con dos piezas de artillería, avanzando hasta las alturas de Cucha-Cucha sobre el Ñuble, á 15 kilómetros del Membrillar y 26 de Chillán. En circunstancias que se retiraba, arreando un número considerable de ganados, su retaguardia, que había quedado distanciada del grueso de la columna, fué atacada (23 de febrero de 1814) por una fuerza de 500 á 600 realistas, divididos en tres trozos, que pusieron en conflicto á la guerrilla que la cubría, mandada por el teniente coronel Santiago Bueras. El mayor Las Heras, que á la cabeza de 100 auxiliares argentinos sostenía la retirada, la protegió en ambas ocasiones, y en la última, viéndola en grave peligro, cargó sobre el enemigo á la bayoneta y lo desalojó de sus posiciones, haciéndole varios muertos (30). Sostuvo el campo por un cuarto de hora, y se replegó en orden con los honores de la jornada (31). Á su entrada al campamento los auxi-

(30) Parte oficial de Las Heras. M. S. del Arch. Gral. de B. A. — Véase parte oficial de Mackenna en la nota siguiente.

(31) Mackenna, en su parte oficial sobre esta jornada, publicado en el « Monitor Araucano » de 5 de marzo de 1814, dice: « El teniente coronel Bueras, con su acostumbrada intrepidez, hizo frente por todos lados con su guerrilla, hasta que fué auxiliado por las demás tropas,



Las Heras

1º Retrato del General LAS HERAS a la edad de 85 años, tomado de una fotografía directa.
2º Escudo dado por el Gobierno Argentino a los Auxiliares Argentinos en Chile en 1814, copla del que llevaba en su uniforme el General LAS HERAS.

liares fueron saludados con aclamaciones, y un improvisador chileno dedicó á Las Heras unas estrofas desaliñadas, pero llenas del sentimiento de la confraternidad militar con los soldados chilenos (32).

» en particular por el valeroso sargento mayor de Auxiliares de Buenos Aires don Juan Gregorio de Las Heras, quien con 100 hombres de su cuerpo y bien sostenido por el capitán Vargas del mismo, avanzó con el mayor orden sobre el enemigo, y le obligó con pérdida considerable á replegarse á una altura. » Además de este parte, que confirma en general nuestro relato, hemos tenido á la vista los siguientes documentos: 1.º Parte oficial de Las Heras de 24 de febrero; 2.º Parte de Balcarce de 25 de setiembre de 1818, en que hace la historia de toda la campaña. En su parte, Las Heras dice, que se distinguieron especialmente, además del capitán Vargas, único que menciona Mackenna, los tenientes de Auxiliares Román Dehesa y Ramón Alday. (M. SS. del Archivo General de Buenos Aires.) — En premio de esta acción señalada, el gobierno argentino decretó un escudo de honor, de que no se hace mención en ninguno de los registros oficiales publicados, sin embargo de ser un hecho recogido por la historia. Los documentos que á este premio se refieren, son los siguientes: 1.º Oficio del ministro de guerra de 3 de junio de 1814, autorizando á Balcarce á proponer ascensos y escudos de premio; 2.º Oficio de Balcarce de 8 de julio de 1814 adjuntando el diseño del escudo; 3.º Decreto del gobierno de 8 de agosto de 1814 aprobando el diseño del escudo y haciendo extensiva la gracia á todos los oficiales; 4.º Oficio de Balcarce á Las Heras de 25 de agosto de 1814, transcribiendo el anterior decreto; 5.º Decreto del gobierno de octubre 1.º de 1818 mandando expedir los diplomas respectivos. (M. SS. del Archivo General de Buenos Aires.) — El escudo es de forma ovalada y mide 75 por 65 milímetros, orlado de palmas y laurel con un borde liso de la misma forma, y en su centro, sobre paño azul en letras bordadas de hilo de plata, esta leyenda: « LA PATRIA Á LOS VALEROSOS DE CUCHA-CUCHA, AUXILIARES EN CHILE ». Esta descripción es tomada del escudo que llevaba el general Las Heras sobre la manga de su casaca, y que él mismo descosió de ella en Chile, regalándolo como un recuerdo de amistad, el cual existe en nuestra colección, y se reproduce en *facsimile*, con su retrato, en la lámina núm. IV. — Compárese con Barros Arana: « Hist. de la Ind. de Chile », t. II, págs. 315 y 317.

(32) El autógrafo de estos versos existe en nuestra colección de documentos. Su autor se firma así: « Por el chileno D. Domingo Pérez ». Sirvan de muestra los siguientes: — « Mil vivas, parabienes, mil elogios — Te da un republicano, valiente Heras, — Por el valor, firmeza y gran arrojo — Que hoy has manifestado en tu carrera. — Tus heroicas falanges y oficiales, — Tus bravos compañeros de pelea, — Han dado á conocer fiel heroísmo, — Tan natural en la Argentina esfera. — En ese